

Los Libros

SÓCRATES Y SU TIEMPO EN EL LIBRO «LA VIDA PRIVADA Y PÚBLICA DE SÓCRATES», por *René Kraus*

Durante muchos siglos Europa ha buscado su ideal en la cultura griega. Ha adoptado ante ella una actitud de idólatra —ojos en blanco y aspavientos de admiración—. Tal actitud ha sido, sin duda, perjudicial para la correcta investigación histórica. En efecto, se rindió culto a todo lo que llevara el sello griego, aunque no se le entendiera. Y Grecia llegó hasta nosotros completamente deformada. De todo cabe una beatería: de lo religioso, de lo político o de lo cultural. Hubo, pues, una beatería de lo griego. Esto lo anotó Ortega y Gasset hace cerca de 20 años.

Es necesario, hoy en día, ahorrar elogios en lo que a la Hélade se refiere.

Tales reflexiones han acudido a mi mente al coger el voluminoso libro—casi 500 páginas—del vienés René Kraus sobre «La Vida Privada y Pública de Sócrates». Más que un estudio sobre la personalidad o la doctrina del filósofo callejero, este volumen es una pintura de la Atenas del siglo V. Sólo fugazmente vemos aparecer en estas páginas la figura de Sócrates.

Las consideraciones sobre una beatería de lo griego las hemos recordado por una sencilla razón: Kraus abunda en elogios hacia el renombrado siglo V heleno. A veces, el escritor adopta una actitud de verdadera idolatría al referirse a la vida ateniense de aquella época. Sin embargo, esta «Vida Privada y

Pública de Sócrates», tiene méritos innegables. Uno de ellos, reside en la magistral pintura que el autor hace del ambiente que envolvió al filósofo pernoctaposadas. Así se desarrollan ante nuestros ojos escenas de la vida diaria ateniense. Tras cruentas peregrinaciones por el Mediterráneo llegaban al Pireo los granos del Ponto Euxino, el trigo siciliano, las lanas chipriotas, las maderas tracias y las pieles asiáticas. René Kraus ha apriionado en fugaces apuntes la lucha por el cargamento de las naves y las expresiones groseras de los cargadores griegos, porque en Atenas abundó también la grosería. Hay gentes que todavía creen en la pureza ateniense; abundan por todas partes los ingenuos que se imaginan a Atenas sumida en una discusión filosófica interminable o en una constante meditación. Los griegos fueron chicharras, es verdad. Pero en esa gesticulación diaria hubo de todo; habitó Atenas—y en un número considerable—aqueel populacho grosero, hostil a todo pensamiento, burdo, ajeno a cualquiera manifestación del espíritu. Ese populacho—metecos y esclavos principalmente—nació, vivió, procreó y murió, sin conocer ni siquiera de oídas aquellas especulaciones filosóficas o literarias que aun hoy día subsisten.

«La vida ateniense del siglo V era un juego de dados», escribe Kraus. Y es verdad. Todo el mundo jugaba frenéticamente—el frenesí nace en Grecia—a los «cottabos» y las fortunas dependían de un cinco o de un seis en los dados. Todo era especulación...

Otro acierto de esta obra es la pintura de Pericles. Pericles fué un buen hombre, indudablemente. Su principal mérito está en el gran amor que por su ciudad tuvo siempre. Amó la filosofía. Alejado, por lo general, del contacto con el pueblo, dedicaba sus momentos de descanso—lo menos—a la discusión filosófica con sus amigos de Mileto—verdaderos demonios de la dialéctica—. En sus reuniones no faltaban Anaxágoras, ni Fidias, el escultor, ni Hipócrates, el médico de Cos, ni Aspasia

la bella de Mileto. En brazos de Aspasia, Pericles olvidó sus desdichas matrimoniales y sus desilusiones de político.

Aspasia había nacido en las costas de Jonia, es decir, en una región donde las maneras eran más libres y el decir más insinuante. Su padre, Axioco, considerado el principal filósofo entre los ancianos de Mileto, le enseñó geometría y dialéctica; aritmética y astronomía; retórica y física y después... después la dejó marchar por el mundo para que siguiera sus propios impulsos. (¡Qué simpática nos parece la imagen de este Axioco, a pesar del tiempo!)

Así pudo llegar Aspasia a la ciudad de Pericles y encantar los últimos días del calvo estratega.

En esta parte de la obra—cuando René Kraus habla de Pericles, hombre que no carecía de grietas e imperfecciones—hemos evocado, automáticamente, a Plutarco. ¿La razón? Muy sencilla: el vienés ha aprovechado con inteligencia el material que en las «Vidas Paralelas» le ofrecía el biógrafo beocio.

También ha auxiliado a Kraus, Platón por intermedio de sus Diálogos. Platón—a quien con una cursilería que espanta se le ha llamado «el divino»—es un hombre cuyas ideas y observaciones aún no hemos agotado. Los Diálogos de Platón han sido las bases sobre las cuales se ha construido la silueta (nada más que la silueta) filosófica de Sócrates. La «Apología», el «Fedón», el «Critón», «La República», «El Banquete», han sido la fuente de la cual han brotado toda la concepción socrática. René Kraus ha tomado esos diálogos y con ellos ha construido, novelescamente, el ir y venir de Sócrates por las callejuelas de Atenas, seguidos de un grupo de jóvenes discípulos que, religiosamente, escuchan al maestro.

Sócrates no ha sido estudiado en esta obra en forma seria, reposada y científica. No puede compararse, claro está, con los ensayos que ya han realizado Víctor Brochard, Leo Robin, Emile Brehier, Raúl Richter y otros. Tiene el mérito de ser un esbozo ameno, bien escrito y agradable. Basta citar—por vía

de ejemplo—el cuadro que presenta los últimos momentos de Sócrates. La escena es conocidísima. Nos la contó Platón en su «Apología», pero ahora, apreciada nuevamente a través de la pluma de René Kraus, adquiere nueva vida. Y nos emociona.

Si este libro—500 páginas, ya lo dijimos—no vale por su profundidad filosófica, vale, por lo menos, en lo que a la pintura de una época se refiere. Y como pintura honrada cumple con aquel consejo que hace cerca de 20 años daba Ortega y Gasset. En ella se mezcla la alabanza y la crítica severa. No abunda en ella la admiración constante, principio y causa de tanta deformación histórica.

El lector—al cerrar la última página de esta obra—llega a la conclusión sorprendente a veces—de que no todo brilló en Atenas: que en ella abundó también la maledicencia, la obscuridad y la ambición; que si en su suelo fructificaron genios como Sócrates, Fidias o Hipócrates, pudieron también amamantarse en él un Anito, un Melito, o un Licón.—MARIO CÉSPEDES.



NUEVOS APORTES A LA LITERATURA JURÍDICA CHILENA

Hasta no hace muchos años existía el torpe criterio de juzgar las memorias de prueba como una vana fórmula reglamentaria; así la investigación y el trabajo quedaban exilados de la posibilidad creadora. Felizmente, el tesón de algunos maestros y estudiantes ha ido, lentamente, desterrando tanta mala práctica sin acento universitario, y, ahora, es posible hablar de las contribuciones efectivas que estos ensayos representan para nuestra literatura jurídica.

En estas notas queremos destacar solamente algunos trabajos que, en su variedad, demuestran la nueva estructura mental que rigen hoy tales afanes, en nuestra Universidad: